

Del euskera, catedrales y otras criptas

(*Navarra Hoy*, 20. 02.1991)

Es mala costumbre de esta tierra el que las causas más nobles, al menos en apariencia, sean defendidas con torpes argumentos. Lo mismo da que se trate de debatir sobre un modelo participativo de democracia que de abordar el fomento del euskera en Navarra. Se diría que aquí, cuando nos libramos de la violencia, no nos queda sino el silencio o la retórica. Una torpeza tal, ¿se debe a la ausencia objetiva de mejores razones o a la incapacidad de quienes no aciertan a encontrarlas?. Dejemos la respuesta en el aire.

Por venir sólo a una cuestión, son muchos los que sustentan la causa del euskera sobre la tesis de que constituye un patrimonio cultural de los navarros. El último de ellos, don Carlos Garaikoetxea, quien hace unos días declaró a este periódico: "El euskera es un patrimonio de todos nosotros, como la catedral de Tudela o la cripta de Leyre". Una frase tan cómoda, a fuer de repetida, podrá parecer la evidencia misma, pero sólo propicia la pereza mental y la confusión de la ciudadanía. En lugar de encararlo, se limita a sortear el verdadero problema. Lo que es más: si se la toma en serio, semejante opinión traiciona el espíritu que la informa y el objetivo que dice perseguir. Veamos si no.

1. *En cierto sentido, en efecto, el euskera es tan patrimonio nuestro como la catedral o la cripta.* La comparación resulta del todo apropiada, sólo que con un alcance previsiblemente no deseado por quienes la invocan. De acuerdo con su primer significado jurídico, patrimonio es "la hacienda que nos es transmitida por nuestros ascendientes", o sea, una propiedad que *se tiene* con independencia del sentido o valor que le otorguen quienes la reciben. Y así la catedral, como el euskera, es ciertamente un patrimonio de todos, por más que sus usuarios sean escasos: los fieles que acuden regularmente a sus oficios religiosos, por un lado; los vascoparlantes habituales, por otro. Pues ni el euskera es ya el medio de comunicación cotidiano para el grueso de los habitantes de Navarra, como tampoco la catedral representa hoy el

lugar acostumbrado de la comunicación entre Dios y sus creyentes, el espacio religioso por excelencia.

Como tales bienes colectivos, el euskera y la catedral habrán de ser (aunque de manera diferente) objeto público de conservación en tanto que testimonio de tiempos pasados, tema de estudio para los especialistas, realidad que se exhibe con justificado orgullo ante propios y extraños. En uno y otro caso, estamos sobre todo ante un patrimonio histórico: más artístico que religioso el uno; más lingüístico que coloquial el otro. Nos guste o no, un patrimonio *muerto* para la mayoría, *nominal* pero no real. Todavía hay quien se estremece al proclamar (en español, naturalmente) que el euskera es la "lengua propia" de los navarros. Pero, puestos a hablar de patrimonio, el único real y vivo de casi todos nosotros es el español, es decir, nuestra lengua materna y nuestro vehículo ordinario de comunicación. ¿Es que aún habrá que hacerse perdonar por reconocerlo?.

Si se conviene en llamar ideología a la "falsa conciencia" (por interesada) de lo que hay, es verdad que el litigio del euskera está ideologizado. No sólo por los que rechinan ante su mera mención; también por los que se exaltan con las viejas leyendas. El tono de estos últimos es el reproche, y su objetivo inmediato -inconsciente o confesado-, la creación de una *conciencia de culpa*. El señor Garaikoetxea lo dice con claridad: "Su situación [del euskera] es dramática y, si no lo remediamos, podría morir para vergüenza de muchos navarros". Así que este pueblo, muchos de nosotros, seríamos culpables de haber echado a perder nuestra común herencia... Según eso, ¿de cuántas otras pérdidas (territoriales, jurídicas, cinegéticas, y así hasta el infinito) no tendríamos que ser acusados?. ¿Qué pueblo de la Humanidad se libraría de tal alegato?. ¿Y quién llevará las cuentas de las indudables ganancias en que bastantes de aquellas pérdidas se han trocado?. Pero bastaría aquí con replicar que no hemos sido nosotros quienes hemos dilapidado el euskera, sino generaciones y generaciones anteriores -y en algunos casos muy distantes en el tiempo- las que lo han ido abandonando. A la mayor parte de nosotros el vascuence se nos ha transmitido, junto a una lengua viva, como una lengua moribunda o en creciente desuso. Pretender la búsqueda de

responsabilidades individuales en lo que es un proceso histórico de cambio social no sólo es empresa insensata, sino injustificable. El político metido a esta faena haría bien en tomar alguna lección de Sociolingüística.

Una vez suscitado el sentimiento de vergüenza por la pérdida del euskera, el argumento "patrimonial" deduce sin mayor esfuerzo *la obligación moral* de recuperarlo. Yo no creo que, por encima de sus miembros particulares, una colectividad tenga deberes morales. Ni que, aparte de los que le obligan hacia los individuos, tenga deberes para con nada. Pero, si queremos hablar así, habría que recordar que tal comunidad es dueña libérrima de su patrimonio (en este aspecto, tan mermado), y no el patrimonio dueño de su comunidad. Ante el patrimonio recibido, y salvo que los transmisores hubieran dispuesto otra cosa, el grupo humano no está sometido a otra voluntad que no sea la suya. Es decir, puede darle cualquier destino y - en caso de no serle de utilidad alguna- hasta renunciar a él. Así nos comportamos con todo nuestro múltiple patrimonio, desde el religioso hasta el forestal: según nuestro interés o nuestro apego, cuidamos de unos y descuidamos otros. Y hacemos santamente, porque el uso y disfrute de la herencia lo decidimos los vivos, no los muertos.

Pues bien, en esta tierra los pocos vasco parlantes y los muchos hablantes del español hemos decidido conservar nuestro patrimonio cultural común, del que es parte innegable su tradición vasca. Hemos decidido también cultivar el respectivo patrimonio lingüístico, el que hoy nos diferencia. Vasco parlantes y castellano hablantes tenemos, pues, el derecho a seguir siéndolo y a seguir formando con ello una sola comunidad. Al fin y al cabo, tan esencial a la democracia es la voluntad de la mayoría como el respeto a la minoría... Pero, además, algunos consideran asimismo bueno para todos reemprender el conocimiento del euskera y su progresiva implantación en nuestra sociedad. Vayamos a ello.

2. *El euskera debiera ser, por tanto, un patrimonio muy diferente a como lo son la catedral o la cripta.* O, lo que es igual, debiera ser lo que en su día

fueron esos monumentos religiosos: un patrimonio real y vivo para la mayoría. Esto sería, en todo caso, lo que habrían de decir quienes postulan la recuperación del euskera. Nada se opone a la legitimidad de esa aspiración, con tal de que no se exprese como un fantasmal derecho de la Lengua Vasca, ni como un deber derivado de nuestra indebida sumisión a los antepasados ni como una imposición de los menos sobre los más. O, simplemente, como un meter el gato de la independencia, a la que no renuncia el señor Garaikoetxea., por la liebre del euskera. Eso sí, el cumplimiento de semejante aspiración exige condiciones mucho más radicales de las que parece suponerse.

Sirva de nuevo la comparanza a modo de ilustración. La catedral y la cripta gozaron de pleno sentido en un tiempo en que la vida entera de los hombres, su fundamento y su fin, arraigaba en la creencia cristiana. Para recobrar hoy esas funciones del templo no bastan cuantas leyes quiera la Iglesia dictar a sus fieles ni cuantas cruzadas se proponga emprender contra los infieles. Hay que contar más bien con que los hombres en su mayoría vuelvan a experimentar aquella misma fe y, por si fuera poco, requieran expresarla en esos mismos símbolos. Otrotanto cabría decir de la recuperación del euskera. Que, *a falta de una verdadera necesidad social que la solicite*, son precisos móviles que vayan mucho más allá de una cierta afición, de una determinada coyuntura política o de un particular programa de partido. Que tampoco serían suficientes unas medidas de gobierno que lo impulsaran. Que, en definitiva, para esa tarea de volver a hacer del euskera un patrimonio vivo hace falta literalmente una auténtica *conversión individual y colectiva*. Este, y nada menos, es el reto. Júzguese ahora si hay encuesta capaz de detectar esta disposición necesaria entre los ciudadanos. Y quien no lo entienda así, creo, está jugando con el euskera y con todos nosotros: se engaña y nos engaña.

3. *Y es que el euskera, como cualquier otra lengua, no es un patrimonio porque es mucho más que un patrimonio*. Aquí hay que venir a parar o de aquí hay que partir. Pero eso, lector paciente, para otro día.

